

# Estadista de las formas

Adolfo Castañón

*Terco esplendor:  
frente a la lluvia, erguido  
templo de luz*  
MATSUO BASHO, *Sendas de Oku*  
(traducción de Octavio Paz)

Tras el nombre de Teodoro González de León (1926-2016) asomaban ya las letras y arcos del arquitecto. Con su noble apelativo de raíz latina y de patriarca bizantino, González de León encaró desde muy joven una vocación artística hacia la creación de formas descifradas como jeroglíficos en un espacio, el de la ciudad, también taciturno como la esfinge. Su apellido hispánico quizá lo predestinaba a domar lo informe...

Era Teodoro un curioso desarmador de enigmas, un ingenio revelador de luces públicas y sombras privadas, un músico o un bailarín capaz de traducir el movimiento de los espacios en escenarios monumentales, escuelas, colegios, bibliotecas, museos, edificios públicos, parques, auditorios.

Un estudiante perpetuo del espacio urbano. Enamorado del mundo, amoroso habitante de una ciudad a la que supo dar nueva vida, Teodoro parecía sacar de las atentas entrañas de la tierra esas arcadas y pasadizos geométricos que pueblan las atmósferas a las que él supo educar, domar, cultivar... y casi dar voz...

No alzaba sus armaduras —teocalis de Teodoro— para que las habitaran párvulos gusanos; aspiraba a que

sus hospitalarios laberintos fueran poblados por un ciudadano capaz de degustar el espacio entre soberanos paseos reversibles...

Arquitecto e historiador de la arquitectura, pintor y dibujante, conversador y jardinero, atleta y enciclopedista, Teodoro sabía leer en el álbum de la memoria los presentimientos de una civilización a la vez pasada y por venir. De una ciudad a otra...

Sus irresistibles y arrebatadores impulsos edilicios tenían mucho de público y forense, de histórico y aun de político y casi utópico, entre anfiteatros y vestíbulos, terrazas y vastas explanadas...

Teodoro era un estadista de las formas, una suerte de sastre de la cantera capaz de inventarle atuendos monumentales a una época y un país —los nuestros— tan necesitados de identidad compartida y de espacios habitables. Trazaba para alzar, escribía para inscribir, leía para traducir y soñar...

González de León pensó y supo inventar y compartir el espacio cuyo jeroglífico iba descifrando ante nosotros como un mago taumaturgo que sabe leer y encauzar la partitura de la energía en formas necesarias y memorables, nunca ajenas a la historia de las ideas hechas forma.

En el vasto bosque de su museo mental, ningún árbol se parecía al otro pero todos participaban de un inconfundible aire de familia, a la par tan suyo y tan elegante, tan próximo al firmamento.